



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2004

EDICION 31

¿PODER SOBRE EL SER O PODER DESDE EL SER?

Una reflexión filosófico-teológica

Profr. Dr. Henrich Beck
Catedrático Emérito de la
Universidad Otto-Friedrich
Bamberg, Alemania

El término “poder”, en primer lugar, es entendido en un sentido social y político. Así, significa la capacidad de imponer su voluntad en una región social y ejercer influencia o aun dominio. En este contexto, se habla de un « poder sobre un grupo de hombres ». Un tal poder puede servirse de medios materiales, psicológicos y espirituales, y se dirige al *ser* de estos hombres. Pero es seguro que no alcanza —como lo hace el poder divino— la existencia fundamental de estos hombres, porque no puede crearla y no llevarla. Sin embargo, puede determinar las condiciones y la manera de vivir de los otros, y puede cambiar su vida en un sentido decisivo.

Esto es importante: cuando el “poder sobre el ser”, así entendido, es motivado por una disposición e intención egocéntrica, encuanto que el poseedor del poder, en primer lugar, quiere sentirse y gozarse a sí mismo en su propia “poderosidad”; entonces los hombres se sienten despreciados en su valor como sujeto-hombres, y abusados como meros “objetos” o “instrumentos útiles” para cualquier fin. El que de tal manera se siente como “potente”, no los alcanza en su corazón, y va a experimentar, más temprano o más tarde, el fin de su poder. Esto

significa: cómo la esencia más íntima de esta "potencia", se revela una oscura impotencia.

Pero cuando el agente, en su intención capital, quiere servir a sus prójimos, entonces no puede imponerse —en el caso que no tiene éxito con su actitud dirigida al bien del otro, tiene que aceptar sus límites y su "impotencia". Pero a la larga, su disposición e intención profundamente buena, y llena de respeto frente al otro, no va a quedar velada— y entonces, como el auténtico rostro de una tal "impotencia", se revela una "potencia" mucho más esencial.

Se puede decir: él tiene su poder *desde el ser*. Pues, él se encuentra en correspondencia y armonía profunda con el ser de su prójimo y también con su propio ser. Al contrario, en el caso primero, falta esta legitimación desde el ser.

Hegel, en su famosa "dialéctica entre el dominador y el servidor", ha descrito este hábito de las cosas: el dominador, cuando egocéntricamente reprime al servidor, en realidad es el servidor —porque tiene que sentir temor frente a él (y frente a su propia conciencia moral)—; y así, el dominador es reprimido por su temor. Y de esta manera, el servidor es el dominador, realmente.

Pero no se produce esta proporción dialéctica, cuando ambos lados se respetan mutuamente y se dan a disposición el uno al otro. Pues, entonces el dominador puede ser y permanecer en realidad dominador, y el servidor en realidad servidor; es decir, co-sujeto, dispuesto al servir. La proporción dialéctica entre ambos describe una relación humanamente pervertida, una relación inhumana.

El ejemplo más conveniente para un tal "*poder y dominio real*" es la relación de Dios con el hombre: Dios quiere servir a sus criaturas; Él descende, se enajena de su divinidad y se hace hombre, y acepta el fracaso de su esfuerzo y una última impotencia suya en la cruz. Pero, por un, tal renuncia de cada imposición de su voluntad y de cada demostración de su potencia divina, motivado por su respeto frente a la libertad del hombre, Dios gana los corazones —de ellos que saben percibir y concebir lo que aquí acontece. *El poder real es el poder sobre los corazones*— en cuanto el corazón habla al corazón. Y el servicio real es el servicio que viene del corazón en cuanto el corazón responde al corazón y el servicio es dado con amor y libertad.

Aquí se muestra una profunda vinculación estructural entre poder y ser: cuanto más se abstrae de sí mismo, trascendiéndose así

mismo y orientándose al prójimo, tanto más se abre la posibilidad de ganar la libre concordancia del otro —y por eso, se puede volver a sí mismo de una manera más enriquecida—. ¡Cuanto más se esté dispuesto a egresar y salir de sí, tanto más profundamente se puede regresar a sí mismo!

Podría ocurrir una pregunta: ¿No significa todo esto un idealismo, lejano de cada realidad? Las experiencias dolorosas de la *praxis* del contrario, parecen confirmar esto: no hay algo más inteligente que el amor —cuando es sincero—. Un "poder real sobre el ser" sólo tiene el que ama y acepta la "impotencia del amor". "Poder *sobre* el ser" solamente es posible como "poder *desde* el ser".